

*Maliche*, y que con el tiempo llevó su nombre; el venerable Severiano, tan célebre por sus grandes virtudes, quien edificó el monasterio llamado *Pericapbaricho* ó de *Mariche*; Juliano sobrellamado el Jorobado, quien construyó cerca del Jordán la laura de Elcerabio, y muchos otros cuyos nombres, dice el monje Cirilo, están en el *libro de la vida* (Philip. 4-3); lo que da á entender que se habían distinguido por su piedad.

Jeremías, diácono de la grande laura, participó de la confianza de san Sabas, pues fué del número de aquellos que le acompañaron en su viaje á Constantinopla. A su regreso mostró un celo demasiado amargo para los intereses temporales de la laura, lo que hace ver que todavía no estaba establecido en el despojamiento que su santo Padre exigía de sus discípulos; pues, como san Sabas hubiese distribuido á sus otros monasterios el oro que el emperador Justiniano le había dado, le afligió esto tanto, que se retiró al desierto cerca de un torrente, á cinco estadios de la grande laura. Pero nuestro Santo lleno de caridad por él, fué á encontrarle, le consoló, y viendo que el sitio en donde se había retirado era propio para los solitarios, hizo venir hermanos muy entendidos que en pocos días construyeron un pequeño oratorio y algunas celdas, de suerte que formó una laura y la dotó de todo lo necesario, no perdonando ni el dinero ni los muebles que para esto se necesitaban. Permitió á los hermanos el establecerse allí, nombró á Jeremías por su superior, y les dió sus reglas.

Había también en la grande laura dos religiosos que eran hermanos, llamados Zano y Benjamin, ambos eminentes en virtud y llevados de la misma inclinación por la vida eremítica. De común acuerdo rogaron á san Sabas que les cediera la celda que había construido para sí mismo á quince estadios de la laura, deseando vivir en ella como ana-

coretas. Este Santo, quien conocia su piedad, se la cedió de buen corazón. Sin embargo les conservó la que tenían en la grande laura; pero como viera que perseveraban en la que les había cedido, y que aun la habían vuelto propia para albergar otros hermanos, formó de ella un monasterio, donde estableciendo otros religiosos con una iglesia y todo lo necesario para su sustento y para el culto divino, también les dió las reglas que se observaban en sus otros monasterios. Este estaba floreciente en tiempo del monje Cirilo y se llamaba el monasterio de Zano.

Hemos dicho en la vida de san Sabas, que su congregación aumentando todos los dias, se había visto obligado á ensanchar su laura, por una y otra parte del torrente cerca del cual la había construido. Entre aquellos que habitaban á la otra parte del torrente en el lado de Oriente, había un buen religioso llamado Antimio, de Bitinia, cuya celda estaba colocada al lado opuesto á la torre de nuestro Santo. Este ferviente solitario moró treinta años en esta celda, y siendo viejo y enfermo ya no estuvo en estado de marcharse. San Sabas viéndole tan enfermo, le dijo que haría bien en tomar una celda más próxima á la iglesia, á fin de que pudiese más fácilmente ser socorrido por sus hermanos; pero el buen viejo le rogó que lo dispensara, diciendo: « Yo espero que el Señor que crió mi alma, bien se dignará recibirla en esta celda, donde me ha concedido, por su misericordia, la gracia de morar desde que abandoné el siglo para hacerme monje. »

El Santo no insistió más, y al cabo de algún tiempo, habiéndose levantado por la noche antes que se diera la señal para el oficio, oyó como la voz de muchas personas que cantaban salmos. Creyó que esto era en la iglesia de su laura, y extrañaba que se hubiese prevenido el tiempo prescrito por la regla sin haberle dado conocimiento de ello. Se retiró á su pequeña torre, y entonces oyó muchas

voces que cantaban con una melodía más celestial que humana, estas palabras del salmo 41 : *Yo pasaré en el lugar del tabernáculo admirable hasta el lugar de la casa de Dios, en medio de los cantos de regocijo y de alabanza, y de los gritos de alegría de aquellos que están en un grande festin*; y notó que el sonido de estas voces armoniosas venía del lado de la celda del viejo Antimio. Al momento fué á avisar al que estaba encargado de llamar á los religiosos al oficio, diciéndole que los despertara, y todos juntos pasaron con perfumes y cirios á la celda del viejo que hallaron muerto. Llevaron su venerable cuerpo á la iglesia de la laura, donde, después de haber hecho las preces acostumbradas, lo depositaron en el sepulcro de los hermanos, bendiciendo al Señor por la gloria con que honra á sus Santos.

Afrodisio, otro discípulo de san Sabas, lo había sido antes de san Teodosio. Era de grande talla y de una fuerza de cuerpo tan prodigiosa, que solo levantaba de tierra doce modios de trigo y los cargaba sobre sus espaldas. Estaba encargado de guiar las acémilas del monasterio de san Teodosio, y un día que en el camino uno de sus animales le desobedeció, le dió, por un movimiento de cólera, un puntapié en el hocico, dejándolo muerto al momento; enseguida cogió la carga y la albarda del mulo, se los puso sobre sus espaldas y así se volvió. San Teodosio lo expulsó del monasterio á causa de esta acción, y Afrodisio, movido de arrepentimiento, se dirigió hacia el Jordán para encontrar á san Juan de Choseba, y le pidió consejo sobre aquello que debía hacer. El santo le respondió : « Si queréis obrar vuestra salud, id á ver el abad Sabas quien os dará las instrucciones necesarias para esto.

El santo Abad lo colocó en una celda, y le ordenó por regla que se aplicara al trabajo, al ayuno, al silencio; que no buscara la conversación de los otros ermitaños y que

no saliera de la laura. Afrodisio observó fielmente todos estos puntos. Pasó treinta años sin salir de la laura, ni entrar en la celda de ningún hermano. No usó ni aceite, ni vino, ni fuego; se acostaba sobre una simple estera extendida en tierra, y no se nutría más que de yerbas y de legumbres que quedaban de la mesa de los otros solitarios; lo que colocaba en un plato, del cual cada día tomaba un poco; y si sucedía que después de haberlo guardado algún tiempo llegase á corromperse, no por esto dejaba de comerlo. No se respetó más en el trabajo. El ecónomo le proveía de hojas de palmera, y regularmente todos los meses entregaba noventa cestas bien acabadas. Pasaba las noches enteras gimiendo y derramando lágrimas de compunción. Perseveró por espacio de treinta años en esta rigurosa penitencia sin la menor incomodidad corporal y en el mismo fervor de espíritu que el primer día. Al cabo de este tiempo, Dios le dió á conocer que ya no debía morar más que una semana sobre la tierra, y él se trasladó á la iglesia de la laura para suplicar á san Sabas que le permitiera ir á pedir perdón á san Teodosio; lo que le concedió con tanto mayor gusto, cuanto que también sabía que su fin estaba próximo. Le dió por compañero á Teodulo, hermano de Gelasio, á quien ordenó que dijera de su parte estas palabras á san Teodosio : « Ahí está Afrodisio : era hombre cuando lo recibí; ahora os lo envió como un ángel. »

San Teodosio lo vió con mucha alegría; lo abrazó con ternura y le hizo comer con él y lo dejó en paz. A su regreso murió en los sentimientos de una santa alegría después de una enfermedad que duró poco. San Sabas lo hizo sepultar en la tumba de los sacerdotes, donde lo encerraron en una caja que colocaron en un sitio separado de los otros, á fin de que los Padres que con el tiempo irían á visitar el sepulcro, pudiesen reconocer sus preciosas reliquias y tributarles el respeto que merecían.

La laura de san Sabas produjo, según la justa observación de *Bulteau*, cuyas luces seguimos muchas veces, dos grandes santos del mismo nombre; San Juan, sobrellamado el Hesicasto ó el Silenciero, y san Juan Damasceno. Este último vivió en el siglo octavo.

San Juan el Silenciero nació en Nicópolis, ciudad de Armenia, el ocho de Enero del año 454, en el cuarto del imperio de Marciano. Contaba entre sus mayores, tanto por parte de su Padre Encracio, como por la de su madre Eufemia, generales de armada y gobernadores de provincia, y su casa era tan opulenta como ilustre. Como sus padres eran buenos cristianos, le hicieron también educar muy cristianamente. Después de su muerte él dividió su sucesión con sus hermanos; pero no esperando más que los bienes del cielo, renunció poco tiempo después á los de la tierra, para consagrarse enteramente al servicio del Señor. Al efecto edificó en Nicópolis una iglesia en honor de la santísima Virgen, con un monasterio, en el cual se encerró con otros diez hermanos que sabía tenían la sincera voluntad de trabajar para su salvación. No tenía entonces más que dieciocho años, y sin embargo tomó las más firmes resoluciones de aspirar á una vida perfecta y practicar todas las virtudes que á ella podían conducirle, sobre todo la humildad y la abstinencia; estando persuadido de que nada hay tan opuesto á la tranquilidad del alma como el orgullo y la intemperancia, y que no progresaría en el estado santo que había abrazado, sino siendo humilde y mortificado. Echaba pues de su corazón todo sentimiento de vanidad; domaba su cuerpo con los ayunos y las vigiliass; no se permitía palabra alguna que fuese reprehensible, y sus conversaciones siempre iban sazonadas con la sal de la sabiduría evangélica.

Con esto servia de regla á aquellos que estaban bajo su dirección, enseñándoles tanto con sus acciones como con

sus palabras lo que debían hacer, y los formaba en los deberes de la vida religiosa con tanta prudencia y discreción, que tratándoles como principiantes en la vida religiosa sin usar demasiada rigidez, los excitaba poco á poco á perfeccionarse, nutriendo insensiblemente en su alma el espíritu de piedad con sus exhortaciones, y animándolos á trabajar sin relajarse por la tibieza y la pereza; lo que dió tan buenos resultados, que tuvo la satisfacción de ver como todos respondían perfectamente á la santidad de su vocación.

Continuó gobernando su monasterio con la misma prudencia hasta la edad de veintiocho años. Entonces habiendo muerto el obispo de Colonia, en Armenia, los habitantes de esta ciudad pusieron los ojos en él para sucederle, y lo pidieron al obispo de Sabasta, á quien pertenecía, como metropolitano, para proveer esta iglesia. Este prelado que conocía su mérito, juzgó que no podía hacerse una elección más digna. Envió á buscarle bajo otro pretexto, sin tener en consideración todas las excusas que su modestia le hizo alegar para dispensarse de ello.

Esta nueva dignidad nada cambió en su conducta. Continuó las mismas austeridades que practicaba en su monasterio; y es digno de notar que jamás quiso usar del baño, tanto por modestia como por mortificación, aunque su uso fuera muy común en el país; pues no solo no permitió nunca que nadie viera su cuerpo desnudo, sino que ni siquiera á sí mismo se lo permitió jamás. Una de sus principales atenciones era conservarse en una perfecta pureza de espíritu y de cuerpo, tanto para hacerse más agradable á los ojos de Dios, como para ofrecerle las oraciones más puras y más dignas de serle presentadas.

El ejemplo de su virtud hizo fuertes impresiones sobre el espíritu de uno de sus hermanos, llamado Pergamio, quien había estado en grande consideración cerca de los emperadores Zenón y Anastasio, y sobre su nieto llamado Teodoro,

igualmente distinguido por el rango que ocupaba como por el favor del emperador Justiniano. Uno y otro fueron por ella tan emocionados que llevaron en su estado una vida santa, y fueron unos modelos de probidad, de prudencia, de sabiduría y caridad.

Hacia ya nueve años que el bienaventurado Juan edificaba así á su diócesis y á su familia cuando habiendo muerto su hermana, casada con Pasinico, gobernador de la provincia, este magistrado, quien no merecía el honor de su alianza, se hizo aún más indigno de ella, por las vejaciones que ejerció con los eclesiásticos de su diócesis, impidiéndoles cumplir con su ministerio, violando los asilos de que gozaban las iglesias, y cometiendo violencias casi continuas. El santo obispo empleó largo tiempo las súplicas y las amonestaciones para llevarlo á cambiar de conducta; pero viendo que, muy lejos de ganar algo sobre su corazón, cada día se volvía más perverso, se vió obligado á recurrir al emperador, y obtuvo justicia por medio de Eufemio, patriarca de Constantinopla. No había dado este paso sino con el corazón transido de dolor, y esto le disgustó tanto del mundo, que por librarse de él para siempre, ordenó los asuntos de su iglesia antes de abandonar á Constantinopla, mandó á su diócesis los sacerdotes y los clérigos que tenía con él, y subiendo á un navío sin decir nada á nadie se dió á la vela para la Palestina. Se dirigió en linea recta á Jerusalén, y allí se albergó en el hospital construido por la emperatriz Eudoxia; pero como este hospital estaba demasiado frecuentado y él buscaba el retiro, pidió al Señor con muchas lágrimas que le hiciera encontrar un sitio en donde pudiera trabajar en paz para la salud de su alma.

Perseveró muchos días en esta demanda, pasando las noches enteras en derramar su corazón con sus lágrimas delante de Dios, para obtener esta gracia. Por fin, una noche que oraba con mucho fervor, con los ojos levanta-

dos al cielo, vió una brillante estrella que tenía la figura de una cruz, y oyó una voz que le dijo: « *Si tú quieres salvarte, sigue esta luz.* » Se levantó al momento con el corazón penetrado de confianza, y siguió este astro celestial que le condujo á la laura de san Sabas. Contaba á la sazón treintiocho años, y llegó á la laura cuando Salustio, patriarca de Jerusalén, hacía la dedicación de su Iglesia. Los religiosos que la habitaban eran ciento cincuenta, quienes vivían en grande pobreza por aquello que se refiere á las necesidades del cuerpo; pero en la mayor abundancia de gracias espirituales.

Dios no reveló á san Sabas el tesoro que le enviaba en la persona del bienaventurado Juan, porque no siempre manifiesta á sus servidores, dice el monje Cirilo, los designios ocultos de su sabiduría. Así es que este santo abad lo recibió como un sujeto ordinario, mandándole al ecónomo para ser empleado en las funciones de los novicios. A la sazón construían el hospital de la laura, y el ecónomo encargó á Juan ir á buscar agua al torrente, aprestar lo necesario para la nutrición de los obreros, y traerles las piedras y los otros materiales para el edificio: lo que este humilde novicio hacía con una satisfacción, una exactitud y una humildad edificantes.

Dos años después fué también empleado por san Sabas para trabajar en el monasterio del Castillo, y por fin fué destinado para recibir los huéspedes y presidir la cocina. Pero como al mismo tiempo san Sabas quiso edificar una casa de noviciado á diez estadios del hospital de la laura, del cual también cuidaba, le obligaron á preparar la comida para los obreros y á llevársela; y él cumplió estos multiplicados y fatigantes empleos con tanta dulzura y prudencia, que todos los Padres de la laura lo veían con admiración. Esto hizo que un año después, san Sabas no pudiendo dudar de los grandes progresos que había hecho en las virtudes reli-

gias, le permitió morar en una celda para vivir allí en silencio y entregarse allí á la contemplación.

El bienaventurado Juan se halló allí como en su centro. Pasaba los cinco primeros días de la semana sin ver á nadie y sin tomar alimento alguno. El sábado y el domingo se trasladaba á la iglesia para cantar los salmos con los otros ; lo que hacía con mucha gravedad y con cierto temor respetuoso, teniendo el corazón todo abrasado de fervor. Pero cuando se celebraban los divinos Misterios, estaba él tan compungido, que su rostro se presentaba cubierto de lágrimas, de tal suerte, que todos los religiosos que se hallaban presentes, quedaban maravillados y rendían á Dios acciones de gracias.

Gozó durante tres años de su soledad, de la cual jamás hubiera salido á no consultar más que las inclinaciones de su corazón. Pero después de este tiempo, san Sabas juzgó acertado el confiarle el cargo de ecónomo, y este hombre perfectamente obediente pasó sin la menor resistencia de un estado que constituía las delicias de su alma, á un empleo tumultuoso, porque estaba enteramente á su voluntad : lección interesante para las personas religiosas, quienes, demasiado apegadas á sus devociones particulares, demuestran mucha sensibilidad y repugnancia cuando se les emplea en ocupaciones que no son de su gusto, no considerando que la verdadera piedad consiste menos en seguir sus propias inclinaciones, aun en el bien, que en dirigirse por la obediencia, siempre más segura para el provecho de su alma, que cuanto ellas podrían proponerse de bueno por su propia elección. San Juan lo experimentó : nada perdió de las gracias del Señor en su nuevo empleo, y las bendiciones con que Dios acompañó sus desvelos en los asuntos temporales de la laura, fueron igualmente una prueba sensible de que agradecía su ministerio, aunque menos tranquilo.

San Sabas, quien no le perdía de vista, admirando cada día más la eminencia de su piedad, creyó, cuando el tiempo prescrito para el ejercicio de su cargo hubo finido, deberlo conducir á Elias, á la zazón patriarca de Jerusalén, para hacerle ordenar de presbítero. Él se dejó conducir sin resistencia ; y el Santo lo presentó al patriarca como un religioso perfecto. El prelado fué á la iglesia del Calvario para imponerle él mismo las manos sobre la testificación del santo abad ; pero Juan viendo que no podía ocultar más el sagrado carácter que ya poseía, rogó al patriarca que antes de pasar adelante, le permitiera hablarle en particular, y le dijo : « Yo me atrevo, mi venerable Padre, á confiaros un secreto, que os suplico no declaréis á nadie, sin lo cual me obligaríais á abandonar este país. Yo soy obispo, y la consideración de mis pecados me obligó á dejar mi cargo para ir á la soledad y aguardar allí la misericordia de Dios. He creído, pues, que ahora que todavía estoy en el vigor de la edad, debía emplearme en servir á mis Padres, para que cuando las fuerzas me falten, no tenga que reprocharme los caritativos servicios que ellos á su vez me prestarán. »

Elias admiró una humildad tan profunda, y llamando á san Sabas le dijo : « Este religioso me ha confiado en secreto una cosa que me impide ordenarle ; dejadle, pues, en el silencio, sin que jamás sea molestado. » Nada más añadió ; lo que hizo temer á san Sabas no se hubiera engañado en el juicio ventajoso que habia formado del bienaventurado Juan ; de suerte que, penetrado de dolor, se retiró á una caverna apartada de la laura, en donde pasó la noche en preces y en lágrimas, quejándose á Dios de que no le hubiese hecho conocer si Juan era digno de servir al altar, ó si delante de él era como un vaso inútil. Mientras así oraba, se le presentó un ángel diciéndole : « Juan no es un vaso inútil, sino un vaso de elección ; y aquel que es ya obispo no puede ser ordenado sacerdote. » San Sabas no